

cha, le replicó san Justino: « Yo no me reconozco tan degra-  
 » dado que fuera capaz de hablar contra lo que pienso: no  
 » soy solo yo de este sentimiento; hay muchos cristianos que,  
 » como yo, lo miran cierto é indubitable. No puedo empero ni  
 » debo ocultarte que hay muchos otros que son de contrario  
 » parecer. Mas para convencerte que no llevo de modo alguno  
 » la intencion de engañarte, yo iré reuniendo en un tratado  
 » especial todas las pláticas que hemos tenido juntos, y profe-  
 » saré este artículo públicamente, como ahora acabo de hacerlo  
 » en tu presencia. » Y en efecto, el santo doctor se esfuerza en  
 apoyar esta opinion con gran número de textos de la sagrada  
 Escritura, entre los cuales cita particularmente el Apocalipsis.  
 Algunos novadores han abusado de este incidente para atacar  
 la autoridad de la tradicion; mas la buena fe con que san Jus-  
 tino nos enseña que esta doctrina estaba muy lejos de ser uni-  
 versal en la Iglesia, basta para probarnos que solo era desde  
 entonces mismo una opinion privada de algunos particulares,  
 y no uno de esos dogmas transmitidos en la catolicidad por el  
 canal de las tradiciones apostólicas.

7. Habia muerto Antonino en 161 despues de un reinado de  
 veintidos años. Marco Aurelio el Filósofo, su hijo adoptivo, se  
 apresuró á declararlo un dios, y posesionarse inmediatamente  
 de la herencia que le dejaba en la tierra. Muy á su pesar se  
 vió obligado á partirla con Lucio Vero, su hermano adoptivo,  
 señalado por la voluntad del difunto emperador como su có-  
 lega en el imperio; pero se desembarzó de él pocos años des-  
 pues con el veneno. El universo estaba dispuesto á bendecir  
 este envenenamiento, porque en la corta duracion de su poder,  
 Lucio Vero se mostró, por sus crueldades y vida licenciosa,  
 digno émulo de Tiberio y Neron.

En el mismo año de 161, otro príncipe cuya potencia conti-  
 nuaba creciendo al lado del palacio de los Césares, moria re-  
 vestido de la gloriosa púrpura del martirio. El papa san Ani-  
 ceto marcó, con su muerte, la transicion del reinado pacífico  
 de Antonino á la cuarta persecucion general, promovida en el  
 imperio por Marco Aurelio. El *Libro pontifical* nos enseña que

Aniceto prohibió á los clérigos dejar crecer sus cabellos, con-  
 forme al precepto del Apóstol. Es menester entender, sin em-  
 bargo, esta prohibicion de la tonsura clerical, cuya institucion  
 sube hasta los tiempos apostólicos, como lo prueba este pasaje.  
 Despues de una vacante de algunos meses, fué llamado á su-  
 cederle san Sotero en la silla de san Pedro, y á llevar el timon  
 de la Iglesia durante la borrasca que iba á levantarse contra  
 ella (año 162).

§ II. PONTIFICADO DE SAN SOTERO (162-174).

8. Marco Aurelio, al subir al trono imperial, dió muestras de  
 virtudes privadas eminentes de que nos ha legado la historia  
 un honroso recuerdo; pero su amor por la filosofía le hizo in-  
 justo para con los cristianos. Partidario de la escuela estóica,  
 no podia serlo de la de Cristo, mas por rivalidad de secta, en  
 su opinion, que por conviccion razonada. « Es menester,  
 » decia en una de sus máximas, estar pronto á morir en virtud  
 » de un juicio que nos sea propio, mas no por espíritu de obs-  
 » tinacion como los cristianos. » A pesar de la energía de  
 alma de que hace gala en sus sentencias, se muestra el idó-  
 latra mas supersticioso. A punto de salir á una expedicion á  
 la Germania, hizo durante siete dias un banquete solemne á  
 los dioses para hacérselos propicios: mesas suntuosas estaban  
 preparadas en los templos; se servian los mas exquisitos man-  
 jares á sus ídolos de madera, piedra y metal, que estaban re-  
 costados en ricas almohadas. Sacrificó tantos bueyes blancos  
 para esta ridícula ceremonia, que se vió circular despues este  
 epigrama: « Los bueyes blancos al emperador Marco Aurelio:  
 » Si vuelves vencedor, somos perdidos. » Desde los primeros  
 años de su reinado dirigió á los gobernadores del imperio el  
 decreto siguiente, que fué la señal de la cuarta persecucion  
 general contra la Iglesia:

« El emperador Marco Aurelio á todos sus administradores  
 » y oficiales: Hemos sabido que los que en nuestros dias se  
 » llaman cristianos quebrantan impunemente las leyes del im-

» perio y las ordenanzas de nuestros antecesores. Arrestadlos;  
 » y si no sacrifican á los dioses, castigadlos con suplicios.  
 » Cuidad sin embargo de que la justicia vaya unida á la  
 » severidad, y que cese el castigo con el crimen. »

9. El furor popular, largo tiempo contenido por la benevolencia de Antonino, estalló con nueva violencia apenas fué promulgado el edicto sanguinario en las diferentes provincias. Mientras que santa Gliceria moria por la fe en Heraclea de Tracia, santa Felicitas y sus siete hijos eran las primeras víctimas de la persecucion en Roma. Los pontífices paganos delataron á Marco Aurelio el apego de esta familia á la ley de Jesucristo. Publio, prefecto de Roma, recibió la orden de obligar á Felicitas é hijos á sacrificar á los dioses: conducida en particular á su presencia, la santa viuda protestó heroicamente que ni la seducirían promesas, ni la intimidarían amenazas. « Infeliz, dijo Publio, si en tanto estimas á la muerte, á lo  
 » menos no impidas que tus hijos vivan. — Mis hijos vivirán,  
 » repuso Felicitas, si, como yo, se niegan á sacrificar á los ído-  
 » los; mas si tuvieran la desgracia de cometer tan atroz crí-  
 » men, su muerte fuera eterna. » — Al dia siguiente Felicitas y sus siete hijos comparecieron ante el tribunal de Publio, erigido en el campo de Marte. « Compadécete de tus hijos, le  
 » dijo el juez; no pierdas, á la flor de la vida, jóvenes de tanta  
 » esperanza. — Vuestra compasion, repuso Felicitas, es im-  
 » piedad; y vuestras dulces palabras, crueldad. Hijos míos,  
 » levantad al cielo vuestros corazones, mirad arriba: allí os  
 » espera Cristo con sus santos. Combatid por vuestras almas y  
 » mostraos fieles á su amor. » A estas palabras, le mandó Publio dar una bofetada. « ¡Y te atreves tú en presencia mia,  
 » exclamó aquel, á incitarlos á menospreciar las órdenes de  
 » mi señor? » Llamó en seguida los siete hijos, uno despues de otro; y todos confesaron con igual firmeza la fe de Cristo. Fueron pues vanas las seducciones de Publio, así como las amenazas de los mas crueles suplicios. Genaro, el primero, mereció, por el santo atrevimiento de sus respuestas, ser apaleado. Félix, el segundo, mostró la misma constancia,

« Aquellos á quienes se quiere que yo sacrifique, dijo Felipe,  
 » ni son dioses ni todopoderosos: el que sacrifica á estos  
 » ídolos mudos se sume en infelicidad eterna. — Sabemos, dijo  
 » Silvano, las recompensas reservadas á los justos y los casti-  
 » gos infinitos de los pecadores; por esto postergamos la ley  
 » del hombre á las leyes eternas de Dios. — Soy siervo de Cristo,  
 » exclamó Alejandro: á él confieso de todo corazon y le adoro  
 » perennemente. Este Dios da á la juventud que le sirve fiel  
 » la prudencia de la ancianidad. Mas vosotros, con vuestras  
 » divinidades y sus adoradores, todos seréis precipitados en los  
 » suplicios eternos. » Igual constancia mostraron impávidos Vital y Marcial. Habiéndose presentado la sumaria del interrogatorio al emperador, los siete héroes fueron conducidos á diferentes jueces para ser muertos con diversos géneros de suplicio. El primero espiró á los golpes de látigos en cuyas puntas había balas de plomo; el segundo y tercero murieron apaleados; el cuarto fué despeñado, y los otros tres decapitados. En fin santa Felicitas, siete veces mártir ya, murió con el mismo suplicio.

10. Se encruelcía la persecucion con igual violencia en el Asia. Una carta célebre de la iglesia de Esmirna á la de Fildelfia y demás iglesias del mundo, nos ha conservado los detalles de los combates sufridos por los cristianos contra los enemigos de la fe. « Tan destrozados se hallaban los mártires  
 » por los azotes, que se les veían y contaban los huesos, y aun  
 » sus venas y arterias. Movidos de compasion, los espectadores  
 » no podían menos de tenerles lástima; pero los mártires no  
 » lanzaban un solo suspiro ni gemido, cual si fuesen extraños  
 » á sus propios cuerpos, ó mas bien porque Cristo mismo  
 » viniera á consolarlos con su presencia. Los que habían sido  
 » condenados á las fieras quedaron sometidos en las cárceles á  
 » diversos tormentos. Los tiranos se jactaban de poder obli-  
 » garles de este modo á renegar de su fe; mas fueron inútiles  
 » los conatos del infierno. El joven y animoso Germánico se  
 » señaló por su constancia sin igual. En el momento de la  
 » lucha le exhortaba el procónsul á tener compasion de su ju-

» ventud : el jóven atleta de Cristo, sin responder palabra,  
 » se arroja de un salto á la boca de las fieras, que en breve  
 » desmenuzaron sus miembros ensangrentados. Habia querido  
 » salir lo antes posible de este mundo impío. Sorprendido á la  
 » vez que irritado el pueblo en vista de valor tan heróico,  
 » exclamó á una voz : ¡Mueran los ateos (este nombre da-  
 » ban á los cristianos, porque se negaban á sacrificar á sus  
 » ídolos)! Búsquese y tráigase á Policarpo ! »

11. Este santo obispo, al acercarse la tormenta que venia á descargar sobre su grey, no quiso en un principio separarse de ella, ni dejar Esmirna, que evangelizaba setenta años hacia. Se resistió por mucho tiempo á las instancias que le hacian los cristianos ; pero en fin se dejó conducir á una casa de campo á las puertas de la ciudad. Tres dias antes de ser prendido, tuvo una revelacion divina, despues de la cual dijo á sus discípulos : « Seré quemado vivo. » Un criado descubrió su retiro y trajo hácia el anochecer los soldados al aposento donde descansaba. A la vista de este obispo, lleno de majestad, afable y grandioso en sus modales, cuyas palabras eran tan dulces como dignas, los soldados fueron sobrecogidos de un respetuoso temor, y extrañando el encarnizamiento de los magistrados, á muchos de ellos les pesaba el haber venido á prender á este anciano tan sublime, tan celestial. El discípulo de san Juan, conforme á las órdenes del procónsul, hizo su entrada en su ciudad episcopal sobre un jumento, como Cristo en Jerusalem. El pueblo exclamaba : « ¡ Aquí está el doctor del Asia ! » el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses : « que se eche un leon contra Policarpo ! » No pudo ser así, porque se habian concluido ya los combates de fieras : entonces exclamó el pueblo á una voz : « ¡ Sea quemado vivo » Policarpo ! » En vano el procónsul le exhortaba á salvar sus canas venerandas blasfemando de Cristo. Respondióle Policarpo : « Ochenta y seis años há que le sirvo, y nunca me ha » hecho mal ninguno, sino bienes infinitos. ¿Cómo quereis que » blasfeme yo de mi Salvador, de mi Rey? — Si no cambiais » de parecer, os haré consumir por el fuego. — Me hablais

» de un fuego que puede quemar una hora, y que luego se  
 » apaga, porque no conoceis el fuego del juicio venidero, el  
 » fuego del eterno suplicio reservado á los impíos. » Entretanto el pueblo corria en masa á tomar leña de las casas y baños públicos. Preparada la hoguera, Policarpo se desciñó y despojó de sus vestiduras. Como los verdugos quisiesen clavarlo al poste de leña que debia abrasarlo, las llamas no le hicieron huir. « Dejád, les dice, que el que me da fuerzas » para padecer me las dará tambien para permanecer inmóvil » en medio de las llamas. » Se le colocó pues libre en la hacina ó pira : « semejante, dice la carta de la iglesia de Esmirna, al » carnero escogido en el ganado, como un holocausto agradable y acepto á Dios. » El anciano, mirando al cielo, dijo : « Dios de todas las criaturas, os doy gracias de haberme de- » jado llegar hasta este dia en que yo debo ser admitido en el » número de los mártires. Tomo parte en el cáliz de vuestro » Cristo para resucitar á la vida eterna del alma y del cuerpo » en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Haced que sea » admitido yo hoy en vuestra presencia como víctima de agradable olor. Yo os bendigo, y os glorifico por el Pontífice Jesucristo, vuestro hijo muy amado, á quien sea dada gloria, » como á vos y al Espíritu Santo, en los siglos venideros. » Amen. »

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, se prendió fuego á la hacina de leña ; las llamas, por un prodigio sorprendente, se desplegaron en torno de la cabeza del mártir, como una vela de navío hinchada por el viento. Sus actas dicen que parecia á oro ó á plata purificada en el crisol, y que exhalaba olor de incienso y un perfume precioso extraordinario. Los paganos, viendo que su cuerpo no podia ser consumido por la llama, mandaron á uno de aquellos que en los anfiteatros concluian de matar las fieras aun no acabadas, para que atravesase con la espada el seno del cuerpo de san Policarpo. Salió tanta sangre del cuerpo del santo, que apagó el fuego : los cristianos se alegraban con la piadosa esperanza de poder al menos lograr las santas reliquias de su obispo ; pero los Judíos

hicieron guardia rigurosa al rededor de la hoguera. El oficial que presidia á la ejecucion del suplicio hizo quemar, segun la costumbre de los Gentiles, el cuerpo del santo mártir. « Por » lo que toca á nosotros, continúa la carta de los fieles de » Esmirna, tuvimos la dicha de retirar los santos huesos, mas » preciosos que pedrerías; y fueron depositados en sitio con- » veniente. Dios nos otorgará la gracia de reunirnos cada año » para celebrar la fiesta gloriosa de su inmortal nacimiento » por el martirio; para acordarnos de los que han combatido, » y reanimar el valor de las generaciones venideras con los » ejemplos de sus antepasados en la fe. » Tal es la relacion del martirio de san Policarpo, que, segun los cálculos mas probables, se verificó el 23 de febrero de 166. Todas las iglesias del Asia menor y del mundo entero quisieron leer la relacion de este combate inmortal, y la autoridad del santo obispo de Esmirna, que habia convertido tantos infieles durante su vida, tuvo, aun despues de su muerte, el privilegio de dar nuevas fuerzas á los cristianos en defensa de su fe.

12. Mientras que era derramada sobre las piras de fuego la sangre generosa de los mártires, ó devorados sus miembros por las fieras, ó destrozados sus cuerpos por los verdugos, los filósofos aguzaban tambien contra los cristianos la ironía y el sarcasmo, y aun les quedaba el triste valor de insultar á hombres que sabian morir por su fe. Celso, epicúreo, se señaló en esta cobarde y friamente cruel guerra. Su libro intitulado *Discurso de la verdad*, solo era una sátira amarga de los Judíos y cristianos, á quienes el filósofo afectaba confundir en el mismo desprecio. Pone en él todas las calumnias, desde luego vulgarmente acreditadas entre los Romanos de aquella época, contra Moisés y su legislacion: despues hace entrar en contienda un cristiano y un judío, y concluye por ponerlos ambos en escarnio y burla. A pesar del tono insultante que conserva en toda esta diatriba, se le escapan, sin sentir, verdades que por sí solas bastarian á probar sólidamente la verdad de la religion cristiana contra su propio intento. Y así, conviene en que la religion cristiana, cuya extension era en tiempo suyo la del mundo en-

tero, habia sido fundada por un Judío crucificado, que solo se habia asociado para obra tan colosal una docena de pescadores rudos y desconocidos. No echa en cara á los cristianos otro crimen que el de juntarse en secreto, contra las ordenanzas y prohibicion de los magistrados, de aborrecer á los ídolos y sus altares y blasfemar de los dioses. No niega que Jesucristo y sus discípulos, aun los que vivian en tiempo de él, hubiesen hecho milagros; pero en lugar de ver en ello la prueba de una virtud divina, los atribuye á encantamientos poderosos y á hechicerías artificiosísimas. Su obra fué la primera que tuviese por objeto atacar al cristianismo. Los Padres de la Iglesia, y especialmente Orígenes, han refutado victoriosamente todos los sofismas de Celso.

13. Hacia el mismo tiempo, otro filósofo, cínico de escuela, escribia contra los cristianos, y era Crescencio, conocido por sus infamias y avaricia sórdida, lo que no le impedía estar pensionado por Marco Aurelio y públicamente honrado del favor imperial. San Justino le provocó á una conferencia pública; y en presencia de una muchedumbre de testigos, le convenció claramente ó de ignorar completamente la doctrina de los cristianos, ó de ser el hombre mas perverso; que era sumamente ignorante, si realmente daba crédito á los absurdos que propalaba contra la religion de Cristo: ó bien que era de una perfidia y maldad consumadas, si conociendo la doctrina y misterios enseñados por la Iglesia, osaba sin embargo infamar á los fieles, y hacerlos pasar á los ojos de los príncipes, magistrados y pueblo, por hombres sin religion, piedad ni Dios. Estas conferencias se renovaban con frecuencia, y cada vez cedian mas y mas en mayor honra y gloria del cristianismo, y en confusion del filosofismo. Crescencio, adversario sin lealtad, trataba de vengarse de sus derrotas, señalando á Justino á la animadversion de los jueces encargados de proceder contra los cristianos. El intrépido defensor de la fe y de la verdad no se mostró menos dispuesto á sostenerlas aun con evidente peligro de su vida.

14. Hacia esta misma época publicó, en efecto, su segunda

Apología, que dirigió al emperador Marco Aurelio. Volvia á tomar en este escrito el hilo de las ideas que habia desarrollado extensamente en su Memoria á Antonino. La superioridad de la doctrina de Jesucristo sobre la de los filósofos, se prueba en esta por las mismas citas de los poetas y sabios de la Grecia. « Los cristianos, dice, poseen la verdad completa, » entera, el Verbo perfecto en el Cristo; en tanto que cada » filósofo, en lo bueno que enseña, no ha poseido sino particu- » las, sino fragmentos de la verdad. » Se deja llevar de la indignacion justa que debia excitar, en almas generosas, la ciega crueldad de los magistrados con los fieles. « El cristiano Pto- » lomeo, dice, es conducido ante el gobernador, que le pre- » gunta : ¿Eres cristiano? — Íntimamente persuadido de la » pureza de su conciencia y de la santidad del cristianismo, » confiesa en alta voz que ha estudiado en esta escuela de vir- » tudes. Inmediatamente es conducido al suplicio por orden » del juez. Otro cristiano, llamado Lucio, que asistia á estos » debates, no pudo menos de decir al gobernador : ¿Con qué » derecho condenais á muerte á un hombre que no ha sido » convencido ni de adulterio, ni de fornicacion, robo, homi- » cidio, ni en fin de crimen ninguno; á un hombre que solo » es culpable de ser cristiano? La sentencia que acabais de dar » deshonor al religioso emperador, en cuyo nombre la dictais, » al hijo del César, que se gloria del nombre de amigo de la » sabiduría, al senado mismo de Roma. Por respuesta, Lucio es » enviado al suplicio como fautor de cristianos. Caminando al » suplicio, agradecia al magistrado indigno el libertarle de la es- » clavitud de señores tan bárbaros para enviarle, por su pronta » muerte, al Padre y Monarca de los cielos. — Nos acusais, con- » tinúa, de cometer en secreto crímenes horribles. Pero seme- » jantes actos, que detestamos nosotros y que nos echais ca- » lumniosamente en cara, no temeis vosotros cometerlos en » público. ¿No podríamos pues, llevados de vuestro propio » ejemplo, sostener segun vuestra autoridad que son acciones » virtuosas? ¿No podríamos responderos que degollando niños » inocentes celebraríamos los misterios de Saturno, en los cua-

» les hasta las manos de los mas ilustres personajes del impe- » rio se tiñen de sangre humana? En cuanto á nuestros quimé- » ricos incestos, ¿no podríamos decir que seguimos el ejemplo » de vuestro Júpiter y demás dioses; que practicamos la moral » de Epicuro, de vuestros filósofos y poetas? Y por tanto, » porque enseñamos que es indispensable huir de semejantes » máximas, porque nos esforzamos en practicar las virtudes » opuestas á esos monstruosos vicios, nos perseguís sin des- » canso, y nos enviáis á la muerte!!! » No habia flaqueado con los años el ingenio de san Justino : se conoce por acentos tan nobles la valerosa independencian, la elevada elocuencia digna del cristiano nuevamente convertido. « Cualquiera que » sea el juicio que forméis de nosotros, dice acabando, nuestra » doctrina vale mas que todos los escritos de los Epicúreos, » que tantas poesías infames, que tantas composiciones impú- » dicas como se representan y se leen con libertad entera. »

15. Muy pronto cerraron la boca á san Justino, á este sublime apologista, enviándolo al cadalso : porque poco despues de la publicacion de su Memoria á Marco Aurelio, por delacion de Crescencio el cínico, fué arrestado y preso con algunos de sus discípulos. « ¿Qué filosofía enseñas tú? le preguntó Rústico, » prefecto de Roma. — He tanteado y examinado toda suerte » de doctrinas, respondió Justino; y en fin me he fijado en la » de los cristianos, aunque haya sido tan calumniada por los » que no la conocen. » Los discípulos de san Justino, Caritonio, Hierax, Peonio, Evelpisto y Liberiano confesaron tan generosamente como su maestro la fe. Entonces dirigiéndose de nuevo el prefecto á san Justino, le dijo : « Escúchame; tú que » pasas por elocuente y que crees haber encontrado la ciencia » verdadera, cuando seas despedazado á golpes de látigos y » varas de piés á cabeza, ¿te imaginas que vas á subir al cielo? » — Yo no lo imagino, sino que lo sé ciertamente, respondió » Justino; y estoy tan seguro, que no me queda la menor duda. » Jesucristo ha prometido esta recompensa á los que guardaren » su ley. » Rústico, habiendo hallado incontrastables en su resolucion á los confesores, pronunció la sentencia en estos tér-